

Transmodernidad: un nuevo paradigma

ROSA MARÍA RODRÍGUEZ MAGDA
INSTITUCIÓN ALFONSO EL MAGNÁNIMO.
CECEL-CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
VALENCIA, SPAIN

No sé si uno puede erigirse en dueño de las palabras; de cualquier forma, los términos emergen, se acuñan y circulan, con mayor o menor éxito. En este caso, dado que lo he convertido en eje de mis reflexiones durante más de veinte años, he desarrollado una teoría al respecto y no me consta que fuera utilizado antes de manera consistente, creo que puedo reclamar la maternidad del concepto. Maternidad en el sentido abierto que tal proceso tiene: generación en el interior de una misma, parto, atención, cuidado, y finalmente liberación de la criatura para que vaya creciendo en las diversas interacciones que el mundo exterior le ofrece.

Como he comentado en otro lugar,¹ el término surgió en una conversación que tuvo lugar con Jean Baudrillard en su casa de París, allá por 1987. Reflexionando sobre la corriente postmoderna, a la que él se negaba a adscribirse, le comenté que más que una coyuntura "post", si tomábamos en cuenta sus apreciaciones sobre "transpolitique", "transexualité", al hilo de sus tematizaciones sobre el imperio de la simulación y la hiperrealidad, bien podríamos denominar a nuestra época como "Transmodernidad".

Con tal concepto he pretendido demarcar lo que, a mi modo de ver, constituye un verdadero cambio de paradigma que puede alumbrar las relaciones gnoseológicas, sociológicas, éticas y estéticas de nuestro presente. Y así lo empecé a plasmar en mi libro *La sonrisa de Saturno. Hacia una teoría transmoderna*, desarrollando otros aspectos en *El modelo Frankenstein. De la diferencia a la cultura post*, y concretando su teorización en *Transmodernidad*.

Ciertamente una denominación compuesta por la incorporación de un prefijo a a un un concepto como "Modernidad", eje de los debates de las últimas décadas, es lógico que surja espontáneamente y de forma independiente en diversas disciplinas y con diversas propuestas ideológicas, (aún cuando, repito, no tengo constancia de que haya sido utilizado, antes de que yo lo acuñara en 1989, como nueva configuración teórica, con una fundamentación estructurada, más allá de un mero uso azaroso y puntual). No obstante si queremos hacer una historia de las diversas acepciones del término, habremos de citar a mi muy querido amigo Enrique Miret Magdalena, quien me comentó que, años atrás, había empleado dicho término en una conferencia, que no llegó a publicarse, como manera de ejemplificar una nueva etapa sintética. Sin embargo, no volvió a retomarlo hasta 2004 en el capítulo de uno de sus libros, *La vida merece la pena de ser vivida* (2004). También Jüri Talvet, hispanista estonio lo utilizó ocasionalmente para denominar la poesía actual que busca escapar del agotado cánon postmoderno. Cito estas dos coincidencias, de las muchas dispersas que han podido darse y sin duda seguirán surgiendo. No obstante, tres son los autores o corrientes, que, siempre posteriormente a 1989, han intentado aplicar el concepto con pretensiones teóricas.

Así, el filósofo argentino-mexicano Enrique Dussel, a partir de su libro *Postmodernidad, Transmodernidad* (1999), lo enmarca en el contexto del pensamiento de la liberación y la reflexión sobre la identidad latinoamericana, entendiendo por teorías transmodernas aquellas que, procedentes del Tercer Mundo, reclaman un lugar propio frente a la modernidad occidental, incorporando la mirada del otro postcolonial subalterno (paginación?).

Con diverso significado, ha aparecido la noción de "transmodernidad" esporádicamente en el marco de encuentros relacionados con la cultura de la paz, el diálogo intercultural o la filosofía del derecho. Especialmente, Marc Luyckx ha reiterado el concepto, utilizándolo a partir de 1998 del seminario "Gouvernance et Civilisations" que coordinó en Bruselas, organizado por La Célula de Prospectiva de la Comunidad Europea, en colaboración con la World Academy of Arts and Sciences. Según él lo aplica, la transmodernidad pretendería una síntesis entre posturas premodernas y modernas, constituyendo un modelo en el que se acepta la coexistencia de ambas, con el fin de compatibilizar la noción de progreso con el respeto de la diferencia cultural y religiosa, intentando frenar el rechazo, principalmente de países islámicos, a la visión occidental de la modernidad. En este mismo sentido de diálogo entre culturas lo han utilizado también Ziauddin Sardar, Etienne Le Roy o Christoph Eberhard.

Un tercer ámbito donde se ha pretendido desarrollar una cierta teorización al respecto es el de la arquitectura. En 2002 el Austrian Cultural Forum de Nueva York

programó la exposición: "TransModernity. Austrian Architects". Y Marcos Novak, que codirigió con Paul Virilio entre 1998 y 2000 la Fondation Transarchitectures de Paris, ha potenciado la noción de transarquitectura como la arquitectura líquida del nuevo espacio virtual. Es de resaltar la cercanía personal e intelectual de Virilio y Baudrillard, por lo que la utilización de Novak, aún centrada en un ámbito específico, resulta más afín a la cosmovisión de la que parto y que he desarrollado teóricamente.

Todas estas coincidencias en la utilización de un término, más allá de la diversidad de acepciones, creo que demuestran una misma captación de las contradicciones de la modernidad y una búsqueda de un nuevo modelo que dé razón de los cambios que se operan en nuestro presente. Desde esta común percepción, paso a exponer mi concepción de Transmodernidad, en el convencimiento de que no sólo debemos estar alerta a las transformaciones que se operan en el panorama contemporáneo, sino que es necesario, más allá de la enunciación dispersa y puntual, elaborar una teoría consistente, que defina con claridad lo que, a mi modo de ver, es un efectivo cambio de paradigma. Reducir la transmodernidad a un diálogo de civilizaciones o a un modelo que palíe las insuficiencias de la modernidad occidental representa un voluntarismo, loable sin duda, pero todavía moderno. Debemos partir, abandonando antiguas ilusiones, del análisis de la crisis de la modernidad, de las críticas postmodernas, hasta llegar a la configuración del nuevo paradigma conceptual y social. Lo "trans" no es un prefijo milagroso, ni el anhelo de un multiculturalismo angélico, no es la síntesis de modernidad y premodernidad, sino de la modernidad y la postmodernidad. Constituye, en primer lugar, la descripción de una sociedad globalizada, rizomática, tecnológica, gestada desde el primer mundo, enfrentada a sus otros, a la vez que los penetra y asume, y en segundo lugar, el esfuerzo por trascender esta clausura envolvente, hiperreal, relativista. Como he dicho en otro lugar : "La transmodernidad no es una ONG para el tercer mundo, y es bueno que ellos lo sepan cuanto antes, igual que nosotros deberíamos comprender lucidamente que no es tampoco la nueva utopía tecnológica y feliz. Es el lugar donde estamos, el lugar precisamente donde no están los excluidos. Con ello tendremos que bregar todos" (16).

No obstante debemos matizar ese "no estar" de quienes sustentan posturas antimodernas, pues si bien la modernidad occidental excluyó a determinadas culturas, pueblos, grupos étnicos y religiosos, la modernización dibuja el mapa en el que éstos emergen, generando también una suerte de paradójica síntesis entre premodernidad y postmodernidad. Así, por ejemplo, el fenómeno del terrorismo islamista desarrolla sus bazas de espectacularidad y estrategia operativa en buena

medida gracias a la sociedad mediática y cibernética. Sin menospreciar la tragedia real de las víctimas, los atentados del 11-S no hubieran tenido su fuerte impacto sin la retrasmisión en directo de la destrucción de las Torres Gemelas, ni los comunicados de Al Qaeda su inoculación de peligro indomeñable al margen de la propagación de mensajes encriptados que la agilidad de la red proporciona. El desafío a la sociedad occidental no se ejerce desde posturas pre y antimodernas, como el Mal Radical; lo Otro ajeno e inasimilable, a la vez que empuña el dominio de lo real por su desprecio de la muerte, circula transmodernamente por las venas de nuestra sociedad transmoderna, se estructura física y especularmente de la misma forma reticular, y es eso lo que nos causa una angustia difusa, un terror insoslayable.

La cultura transmoderna que yo describo parte de la percepción del presente común a diversos autores y a la que han denominado de diferentes maneras ofreciendo también respuesta variadas, como puedan ser "el capitalismo tardío" de Jameson, "la modernidad líquida" de Bauman, "la segunda modernidad" de Beck, "la hipermodernidad" de Lipovetsky o "el desierto de lo real" de Žižek. Mientras algunos constatan lo que tiene de ruptura con la fase moderna y postmoderna, no dejan otros de postular una continuidad que, a mi modo de ver, empaña la percepción del cambio de paradigma que debe servirnos para perfilar las armas conceptuales con las que enfrentarnos a nuestra contemporaneidad.

La Modernidad pretendió postularse como un todo articulado, aun a pesar de su heterogeneidad, como una apuesta de racionalidad consistente y progreso ético-social. El conocimiento adoptó el modelo objetivo y científico, validado por la experiencia y el progresivo dominio de la naturaleza, y avalado por el desarrollo de la técnica. Paralelamente, se requería un horizonte alcanzable de emancipación de los individuos, libertad y justicia social. En este sentido la Modernidad afirma la necesidad y legitimidad de los discursos globales o sistémicos. La crisis postmoderna denunciará la imposibilidad de dichos postulados. Como es de sobra conocido, Lyotard, en *La condición postmoderna*, proclamó el fin de los *Grands Récits*, de los paradigmas unitarios, mostrando el presente como el espacio de las micrologías, la heterogeneidad, la fragmentación y la hibridez. Al abrigo del nacimiento de la *Theorie* y de los *Cultural Studies*, grandes propagandistas desde los Estados Unidos de la moda postmoderna, se propaló en el mundo académico y mediático la especie de que, según simplificadas lecturas, el discurso es poder (Foucault), la realidad textualidad (Derrida), el sujeto deseo (Deleuze) y todo ello simulacro (Baudrillard). Sólo faltaba que a ello se uniera Fukuyama proclamando el fin de la historia. La crítica literaria difunde, como dogma escolar, a partir de los

años 80 y hasta hoy, lo que la filosofía postestructuralista elaboró, con sobrada mayor envidia, años antes.²

Pero cuando el pensamiento se convierte en escolástica y lugar común traiciona el empuje crítico que alumbró el surgir de novedosas conceptualizaciones. Parece tiempo de valorar no ya la ruptura que la postmodernidad representó, sino su propia quiebra, esto es la crisis de la crisis. ¿Podemos hoy, ya entrado el siglo XXI seguir repitiendo sin autocritica toda la retórica *post* que fue rupturista hace más de veinte años? La tesis fundacional del pensamiento *post* era la imposibilidad de los Grandes Relatos, de una nueva totalidad teórica. La postmodernidad abanderaba el surgimiento de una multiplicidad, fragmentada y centrífuga, gozosamente irreconstruible. Y sin embargo, en los últimos tiempos, esa miríada de partículas dispersas, parecen haberse reagrupado en un todo caótico, totalizante, surgiendo un Nuevo Gran Relato, de proporciones antes insospechadas: la Globalización. Un Nuevo Gran Relato, que no obedece al esfuerzo teórico o socialmente emancipador de las metanarrativas modernas, sino al efecto inesperado de las tecnologías de la comunicación, la nueva dimensión del mercado y de la geopolítica. Globalización económica, política, informática, social, cultural, ecológica... donde todo está interconectado, configurando un nuevo magma fluctuante, difuso, pero inexpugnablemente totalizador. Quede claro que me estoy refiriendo no a determinado discurso neoliberal, que otros han denominado pensamiento único, sino a una situación real, de hecho, que incluye y envuelve tanto a las incipientes teorizaciones en su favor cuanto a las movilizaciones antiglobalización: el *locus* totalizante en el que emergen las condiciones reales de nuestro presente y sus conatos explicativos.

Esta "política mundial policéntrica", en definición de Rosenau, a la vez que global, se caracteriza, según Beck (63), por la emergente presencia de los siguientes elementos: *organizaciones transnacionales* (del Banco Mundial a las multinacionales, de las ONGs a la mafia...), *problemas transnacionales* (crisis monetarias, cambio climático, las drogas, el SIDA sida, los conflictos étnicos...), *eventos transnacionales* (guerras, competiciones deportivas, cultura de masas, movilizaciones solidarias...), *comunidades transnacionales* (basadas en la religión, estilos de vida generacionales, respuestas ecológicas, identidades raciales...), *estructuras transnacionales* (laborales, culturales, financieras...). De todo ello parece que podemos concluir lo siguiente: resulta caduca la afirmación postmoderna de la imposibilidad de Grandes Relatos, existe un nuevo Gran Relato, o más bien un nuevo Gran Hecho, que debe poner en marcha innovadores dispositivos teóricos: la Globalización, por lo tanto sería conveniente contemplar la configuración del presente con sus modificaciones a partir de un nuevo paradigma.

Más que el prefijo "post" sería el de "trans" el más apropiado para caracterizar la nueva situación, dado que connota la forma actual de trascender los límites de la modernidad, nos habla de un mundo en constante transformación, basado, como hemos apuntado, no sólo en los fenómenos transnacionales, sino también en el primado de la transmisibilidad de información en tiempo real, atravesado de transculturalidad, en el que la creación remite a una transtextualidad, la innovación artística se piensa como transvanguardia, e incluso la biotecnología nos aboca, según algunos, a un horizonte transhumano. Así pues, si a la sociedad industrial correspondía la cultura moderna, y a la sociedad postindustrial la cultura postmoderna, a una sociedad globalizada le corresponde un tipo de cultura que denomino *transmoderna*.

Para perfilar las características de este nuevo paradigma, retomaré algunas de las apreciaciones ya expuestas en mi libro *La sonrisa de Saturno*. La Transmodernidad prolonga, continúa y trasciende la Modernidad, es el retorno, la copia, la pervivencia de una Modernidad débil, rebajada, *ligh*. La zona contemporánea transitada por todas las tendencias, los recuerdos, las posibilidades; trascendente y aparencial a la vez, voluntariamente sincrética en su "multicronía". Un retorno, distanciado, irónico, que acepta su ficción útil. La Transmodernidad es lo postmoderno sin su inocente rupturismo, es imagen, serie, barroco de fuga y autorreferencia, catástrofe, bucle, reiteración fractal e inane; entropía de lo obeso, inflación amoratada de datos; estética de lo repleto y de su desaparición, entrópica, fatal. Su clave no es el post, la ruptura, sino la transubstanciación vasocomunicada de los paradigmas. La Transmodernidad no es un deseo o una meta, simplemente está, como una situación estratégica, compleja y aleatoria no elegible; no es buena ni mala, benéfica o insoportable... y es todo eso juntamente... Es el abandono de la representación, el reino de la simulación, de la simulación que se sabe real (Rodríguez Magda, *La sonrisa de Saturno. Hacia una teoría* 141-42).

El primado de lo virtual nos sitúa, tras la muerte de la antigua metafísica, en los retos de una nueva ciberontología, de la hegemonía de la razón digital.³ Pero no se trata de la celebración festiva, sin compromiso ético y político, de una supuesta muerte de la realidad, sino de la necesaria consideración de cómo la realidad material ha sido amplificadas y modificadas por la realidad virtual. Ello no puede recluarnos en el reino de los signos; tras las aportaciones de la semiótica, que leía la realidad como conjunto de significantes, debe abrirse todo un campo a la "semiurgia" o análisis de cómo los signos generan realidad, desarrollando igualmente una "simulocracia", esto es, el estudio de cómo los simulacros producen espacios y efectos de poder.

El prefijo "trans" connota no sólo los aspectos de transformación que vengo apuntando, sino también la necesaria transcendencia de la crisis de la modernidad, retomando sus retos pendientes éticos y políticos (igualdad, justicia, libertad...), pero asumiendo las críticas postmodernas. Los enunciados de la postpolítica o el postdeber no pueden resolverse en el nihilismo, sino en la formulación de un horizonte que asuma el vacío ontológico como desafío racional, creador y comprometido. Para ello no nos es necesario el suelo firme de lo nouménico, cuya inaccesibilidad ya Kant constatará; el reino de los fundamentos puede ser sustituido por una fenomenología de la ausencia, que sin embargo, fácticamente, no se enfangue en la inacción del relativismo. Apuesto por un uso regulativo, formal, de los valores y las ideas, sin recurrencia a un esencialismo metafísico, la deliberación y elección de las reglas del juego para las diversas prácticas, un sujeto estratégico situado, la asunción del compromiso ontológico de las elecciones, la defensa a ultranza del individuo, y cierta ironía escéptica frente a los nuevos embates de los fundamentalismos, pero sin menoscabo del ideal democrático ilustrado como horizonte requerido.

Tal era la propuesta que ya desarrollaba en mi libro *El modelo Frankenstein. De la diferencia a la cultura post*. La Transmodernidad retoma los retos abiertos de la Modernidad tras la quiebra del proyecto ilustrado. No renunciar hoy a la Teoría, a la Historia, a la Justicia Social, y a la autonomía del Sujeto, asumiendo las críticas postmodernas, significa delimitar un horizonte posible de reflexión que escape del nihilismo, sin comprometerse con proyectos caducos pero sin olvidarlos. Es preciso retomar los valores, tras la pérdida de su basamento metafísico, como ideales regulativos, simulacros operativos pactados en su necesidad pragmática, lógica y social; valores de carácter público, quizás no universales, pero universalizables. Hablamos, pues, de transformación social, de transcendencia de la mera gestión práctica, de transacciones argumentativas, de líneas de cuestionamiento que atraviesan, transformándose y transformando, el indagar racional (Rodríguez Magda, *El modelo Frankenstein* 18).

La globalización nos introduce en el primado de la simultaneidad, la territorialidad es sustituida por el ciberespacio, donde lo global y lo local coexisten, conformando lo "glocal" (en acertada expresión de R. Robertson), ofreciendo un panorama no *post* ni *multi* sino transcultural, más allá de la deriva reactiva postcolonial que parece regresar a una premodernidad identitaria. A izquierda y derecha parecen afilarse los dardos ante un pensamiento débil que habría relativizado los criterios. Pero creo que debemos ser cautos; la crítica postmoderna evidenció toda una serie de falacias y pretensiones no cuestionadas. La necesidad de retomar criterios sólidos no puede hacernos olvidar estas precauciones

reconduciéndonos al punto de partida, ni los fundamentalismos, ni la tradición, ni la teología, ni el iusnaturalismo, ni los comunitarismos pueden ofrecer una alternativa. No se trata de reacción, sino de futuro.

La Transmodernidad se muestra cual fórmula híbrida, totalizante, síntesis dialéctica de la tesis moderna y la antítesis postmoderna. No hay ruptura (de ahí el necesario abandono del prefijo *post*), sino retorno fluido de una nueva configuración de las etapas anteriores. Una confrontación de las características de los tres momentos como propedéutica aproximativa, aun a riesgo de resultar simplificadora, puede darnos una visión más intuitiva del proceso y de nuestro momento actual.

MODERNIDAD	POSTMODERNIDAD	TRANSMODERNIDAD
Realidad	Simulacro	Virtualidad
Presencia	Ausencia	Telepresencia
Homogeneidad	Heterogeneidad	Diversidad
Centramiento	Dispersión	Red
Temporalidad	Fin de la historia	Instantaneidad
Razón	Deconstrucción	Pensamiento único
Conocimiento	Antifundamentalismo escéptico	Información
Nacional	Postnacional	Transnacional
Global	Local	Glocal
Imperialismo	Postcolonialismo	Cosmopolitismo transétnico
Cultura	Multicultura	Transcultura
Fin	Juego	Estrategia
Jerarquía	Anarquía	Caos integrado
Innovación	Seguridad	Sociedad de riesgo
Economía industrial	Economía postindustrial	Nueva economía
Territorio	Extraterritorialidad	Ubicuo transfronterizo
Ciudad	Barrios periféricos	Megaciudad
Pueblo/clase	Individuo	Chat
Actividad	Agotamiento	Conectividad estática
Público	Privado	Obscenedad de la intimidad
Esfuerzo	Hedonismo	Individualismo solidario
Espíritu	Cuerpo	Cyborg
Átomo	Cuanto	Bit
Sexo	Erotismo	Cibersexo

Masculino	Femenino	Transexual
Alta cultura	Cultura de masas	Cultura de masas personalizada
Vanguardia	Postvanguardia	Transvanguardia
Oralidad	Escritura	Pantalla
Obra	Texto	Hipertexto
Narrativo	Visual	Multimedia
Cine	Televisión	Ordenador
Prensa	Mass-media	Internet
Galaxia Gutenberg	Galaxia McLuhan	Galaxia Microsoft
Progreso/futuro	Revival pasado	Final Fantasy

(Rodríguez Magda, *Transmodernidad* 34)

Al observar las tres columnas, percibimos en la primera el impulso del pensamiento fuerte moderno, en la segunda la ruptura heterogénea, y en la tercera un cambio de registro, que refunde ambas en el cumplimiento de una totalidad incongruente, ficticia, pero real. No se trata, repito, de una propuesta, sino de una descripción. Se trata de considerar lo que de propio tiene la situación presente, de percibir como ésta configura un paradigma diferente. Es el paso previo para su comprensión, su análisis y la posterior transformación de cuanto nos resulta lesivo en ella

Analicemos más de cerca el proceso. El pensamiento moderno no ponía en tela de juicio la realidad sino que la consideraba dinámica y susceptible de ser transformada por los actores sociales. El giro lingüístico postmoderno potenció la semiosfera, el signo adquirió predominio sobre el referente, el mundo parecía una serie de simulacros consumibles de forma indolora. La transmodernidad nos ofrece una síntesis entre lo material y la ficción. La realidad virtual es sin existir, no se reduce a mera fabulación sino que se convierte en la verdadera realidad. El sujeto ya no se encuentra enfangado en lo físico, pero tampoco queda relegado a su atenuación pasiva frente al exceso de datos, es telepresente y de esta forma interactivo. El imperio de lo Mismo con su voluntad moderna de sistema se rompe en la fragmentación post de lo heterogéneo, para, finalmente, reconvertirse en diversidad asimilable, las identidades reaparecen como agrupaciones de consumidores específicas. Es el propio universo cibermediático el que les otorga visibilidad, ya sean minorías étnicas, sexuales, movimientos antiglobalización u organizaciones terroristas.

Frente a la idea de un centro fundamentante, la crítica posmoderna se pretendió rizomática, dispersa, irreconcilible; el presente transmoderno se articula en torno a la metáfora de la red, que instituye una especie de equilibrio, inestable

pero interconectado. La temporalidad moderna era progresiva y lineal. A ésta se opuso el "fin de la historia". Hoy la celeridad se torna cuasi estática; la instantaneidad es un presente permanentemente actualizado.

La Ilustración nos legó una Razón autocrítica pero fuerte; el pensamiento postmoderno operó una minuciosa deconstrucción; la era postmetafísica parece en estos momentos tentada por la equívoca totalización del pensamiento único. El ideal de conocimiento moderno sustentado en la razón pretendía alcanzar la universalidad. La crítica "post" medró en el relativismo y el contextualismo. La transmodernidad pretende hacer reconducir la mirada de la información autodenominándose "sociedad del conocimiento". Los estados modernos lo fueron nacionales. La fractura de éstos generó primero la postnacionalidad, más allá de la ruptura, el panoramas que hoy nos encontramos es decididamente transnacional. La economía, la cultura, la comunicación, el futuro del medioambiente se piensan hoy como una totalidad interdependiente.

Al Estado moderno le corresponde un imaginario global simple, esto es, un anhelo universalista en cuanto a su cultura, y una vocación imperialista en cuanto a su expansión política: busca consolidar su territorio y proyectarse más allá de él. Este imaginario global simple fue duramente criticado por el pensamiento postmoderno. La momentánea atracción de lo local queda asumida en este conjunto envolvente que incluye lo específico, lo Glocal. El imperialismo moderno fue contestado por la creación de un pensamiento postcolonial que cada vez más encalla en un diferencialismo comunitarista, mientras la realidad social impone una transetnicidad transcultural que aún debe construir su propio cosmopolitismo.

El proyecto moderno delimitó sus fines de optimista progreso, el desencanto "post", acunado entre los algodones del estado del bienestar, entronizó el *yupismo* feliz del individualismo hedonista. El presente nos ofrece un panorama más inseguro y precario, la inestabilidad ha de ser gestionada estratégicamente. La innovación científico-técnica ya no garantiza la seguridad de su sostenibilidad, la contemporaneidad transmoderna es una "sociedad del riesgo", desde la difícil geopolítica entre Oriente y Occidente a la amenaza del cambio climático.

Si la era moderna fue coetánea de la revolución industrial, la sociedad postindustrial modificó los conceptos de producción, consumo, clase, actor social, pero hoy es la "nueva economía" basada en la globalización financiera y las nuevas tecnologías de la comunicación la que configura un nuevo estadio. La determinación de un territorio propio, asentamiento de los estados nacionales modernos, ha dejado de ser un hecho palpable. La ciudad se convierte en magaciudad y el modelo espacial centro/periferia ya no representa una alternativa

ni de un modo acomodado de vida ni de una analítica de poder. Lo ubicuo transfronterizo establece una nueva cartografía.

La noción de ciudadanía pugna por prolongar la fórmula moderna de acción política. Pero más allá del individuo postmoderno encerrado en su burbuja hedonista, agotado e indiferente, los anunciados peligros de autismo han quedado anulados por nuevas formas de relación, las redes sociales, (como puedan ser los *chat*, facebook, twitter...), un estilo de conectividad estática, a través de la cual los grupos se comunican e interactúan. Otra vez nos encontramos con una azarosa síntesis transmoderna en la que en la que la acción y el sujeto adquieren un rostro insospechado, a veces trivial, otras solidario o combativo. La realidad no se compone tanto de circulación de mercancías, de objetos, cuanto de paquetes de información (bites). El espíritu, sustituido postmodernamente por la retórica del cuerpo, se convierte por medio de la tecnología en *cyborg*, y el sexo, más allá del erotismo en cibersexo, completando el paso de la cultura y de la contracultura a la cibercultura. Es un consumo a la carta en el que Internet cumple un salto cualitativo, verdadera hegemonía de la pantalla, de un proceso que, naciendo con la fotografía, adquirió una nueva dimensión con el cine y posteriormente la televisión. Pasa de la Galaxia Guttemberg de una modernidad que gira alrededor de la imprenta a la Galaxia McLuhan, símbolo postmoderno de los *mass media*, llegando finalmente al imperio cibertecnológico de lo que podríamos hoy denominar Galaxia Microsoft.

La globalización como totalidad envolvente conforma, pues, una nueva situación que requiere de un renovado paradigma conceptual. No estamos ya en lo *post* sino en lo *trans*. Es un perverso cumplimiento dialéctico que engloba los intentos que surgen por situarse fuera, desde los discursos antiglobalización al terrorismo integrista. No hay "afuera", pues, que en este mundo ocurre todo y con las estrategias e instrumentos que el presente nos procura. Aceptarlo es el primer paso para pensar su complejidad geoestratégica, económica, cultural. Los estallidos arcaicos, las apelaciones premodernas o contramodernas son también las esquivas de este Caos multiforme. La muerte, la destrucción, el desafío... están igualmente en *Internet*. Esta es la condena, pero también el reto que la Transmodernidad nos depara, aguzar las armas de la razón constituye nuestro único baluarte.

Obras citadas

Beck, Ulrich. *¿Qué es la globalización?* Barcelona: Paidós, 1998.

Cusset, François. *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cía. Y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos*. Barcelona: Melusina, 2005.

Dussel, Enrique. *Postmodernidad, Transmodernidad, Postmodernidad y transmodernidad*. Puebla: Universidad Iberoamericana, 1999.

Lyotard, Jean-François. *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra, 1984.

Miret Magdalena, Enrique. *La vida merece la pena de ser vivida*. Madrid: Espasa, 2004.

Rodríguez Magda, Rosa María. *El modelo Frankenstein. De la diferencia a la cultura post*. Madrid, Tecnos, 1997.

———. *La sonrisa de Saturno. Hacia una teoría transmoderna*. Barcelona: Anthropos, 1989.

———. *Transmodernidad*. Barcelona, Anthropos, 2004.

Rosenau. James, *Turbulence in World Politics*. Brighton, England: Harvester Wheatsheaf, 1990.

Notas

¹ Véase Introducción, Transmodernidad (2004).

2. Véase a este respecto el excelente libro de François Cusset *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cía. Y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos*. (2005).

3. Véase mi libro *Razón digital y vacío* (Valencia, Alfons el Magnànim, 2010). (Puede leerse la versión íntegra en <https://docs.google.com/viewer?a=v&pid=sites&srcid=ZGVmYXVsdGRvbWFpbmxtaXN0ZXh0b3MxfGd4OjU3MTEyNjIzNDlmMWM1MTg&pli=1>).